

EL EVANGELISTA

ENERO

1898

—AÑO XV—

REVISTA EVANGÉLICA ILUSTRADA MENSUAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

— S. Sebastian, 55, 1.º.— S. Gervasio, Barcelona —

—N.º 169—



EL SUMO SACERDOTE DE ISRAEL

EL SUMO SACERDOTE DE ISRAEL Y SUS VESTIDURAS

Exodo 28; 29. 1-35; 39. 1-31.

En nuestras meditaciones sobre el Tabernáculo y sus muebles, en estas páginas durante el año próximo pasado, pasamos por alto los dos capítulos 28 y 29 de Exodo que tratan de los vestidos del Sumo Sacerdote y de sus hijos, y lo hicimos para poder dar una explicación seguida de los vasos del Tabernáculo. Sin embargo, varias veces en aquellas meditaciones nos referíamos al Sacerdote y su ministerio, porque el Tabernáculo y sus vasos se hallan íntimamente relacionados con este ministerio, y tanto que el Tabernáculo no tendría significación ni utilidad sin el Sacerdote; y éste también, sin lugar de servicio, habría sido por demás.

El Sacerdote, pues, formó parte integrante de aquel antiguo Tabernáculo del cual se dice en la Epístola á los Hebreos que era bosquejo y sombra de los bienes celestiales. Todas aquellas sombras pasaron cuando Cristo se ofreció por nosotros, y como desde entonces no ha quedado Tabernáculo ni Templo en la tierra, reconocido por Dios, tampoco ha quedado Sacerdote. Así no hallamos mención en todo el Nuevo Testamento de sacerdote en relación con la Iglesia de Dios, excepto Jesu-Cristo, el Sumo Sacerdote en el cielo, y todos los que son de El, que formamos un sacerdocio santo y real para ofrecer sacrificios espirituales á Dios por Jesu-Cristo.

Es de notar que en los dos capítulos en Exodo á que nos hemos referido, nada se dice del carácter moral que debe tener el Sacerdote, sino de sus vestidos. Y cuando se habla de su persona en Levítico 21, es más bien de su estado físico que de otra cosa. Todo esto concuerda con el carácter figurativo de estas cosas. En la Iglesia de Dios, al contrario, nada se dice de como deben vestirse los ministros del Evange-

lio, y cuando estos empiezan á dar importancia á sus vestiduras, es señal manifiesta que pierden de vista la verdadera gloria de su ministerio.

El grabado que damos este mes á nuestros lectores, representa el Sumo Sacerdote de Israel en sus vestiduras para honra y hermosura. Estos consistían en seis diferentes prendas, que eran: el racional, el ephod, el manto, la túnica labrada, la mitra y el cinturón (Ex. 28. 4). Estas vestiduras fueron hechas de lino fino, obra de bordador, y los colores que entraban eran los mismos que hemos visto en las cortinas del Tabernáculo, es decir: azul, púrpura y carmesí; pero en la confección de estas vestiduras se añadía oro, cosa que no se hallaba en las cortinas.

En el primer versículo del capítulo 28 vemos que Aarón y sus hijos formaban el sacerdocio, dándonos esto á entender la íntima unión que existe entre Cristo y los que somos de su familia. Luego en el versículo 4 dice: «Hagan, pues, los sagrados vestidos á Aarón tu hermano, y á sus hijos, para que sean mis sacerdotes.» Así hallamos á Aarón y sus hijos habilitados para este servicio por medio de sus vestiduras, las cuales les dieron una dignidad que en sí mismos no poseían. En esto como en algún otro punto señalado en la Epístola á los Hebreos, el sacerdocio de nuestro Salvador se presenta en contraste glorioso. La gloria que se dejó ver por su obediencia en toda su vida, y de un modo sublime en su muerte de cruz, y luego su resurrección, le ponen de manifiesto como el Unigénito del Padre, y declaran que El es digno de ocupar el puesto más alto en el cielo. «Tal Pontífice nos convenia tener: Santo, inocente, limpio, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos». Lo que El es en sí da dignidad á su ministerio é idoneidad para socorrer á nosotros; mientras que la dignidad de Aarón estribaba en sus vestidos.

En otro número esperamos ocuparnos con las diferentes prendas de estos vestidos, sombras de verdades espirituales.

A NUESTROS LECTORES

Al principio de otro año saludamos cariñosamente á nuestros lectores. La experiencia que vamos adquiriendo, la circulación creciente de nuestra REVISTA y las cartas que recibimos de amigos, tanto de la Península como de las Américas, nos alientan en nuestro propósito de continuar el camino emprendido, que es el de dar á conocer el glorioso Evangelio de Dios. Con placer reconocemos la ayuda que nuestros amigos nos han prestado en esta tarea que nos hemos impuesto y que nos es grata.

LA FE Y EL AMOR



«**P**OR gracia sois salvos por la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios: no por obras, para que nadie se gloríe.»

Esto declara el apóstol Pablo en su epístola á los Efesios, cap. 2, v v. 8, 9. Creemos que Jesu-Cristo ha quitado nuestro pecado por el sacrificio de sí mismo, y por consiguiente nada hemos hecho nosotros para asegurar ó merecer nuestra salvación. Hemos sido salvos por la ofrenda del cuerpo de Jesu-Cristo presentada como sacrificio por el pecado. De este modo, nosotros que estábamos lejos de Dios por causa del pecado, hemos sido hechos cercanos por la sangre de Jesu-Cristo, quien está ahora á la diestra de Dios intercediendo por nosotros.

Hay algunos que dicen: Siendo esto así, que tenemos la salvación asegurada sin nuestras obras, podemos vivir como queremos. El mismo apóstol Pablo deshace tal argumento, y su vida es la prueba de la verdad que afirma. Dice en los versículos siguientes á los ya citados de la Epístola á los Efesios: «Porque somos hechura suya, criados en Cristo Jesús para buenas obras

las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas.» Y en otra parte dice: «Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: Que si uno murió por todos, luego todos son muertos: y por todos murió Cristo, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor. 5. 14, 15).

Así el poder que nos mueve á obrar lo bueno no es el miedo de un castigo, sino el amor que nos persuade, que nos inclina, que nos constriñe. Le obedecemos porque el amor nos obliga á ello. Le amamos á El, porque El nos amó primero. Y este amor es el que hace que sus mandamientos no nos sean gravosos. La fe y el amor van acompañados. El que cree de veras en Jesu-Cristo es el que le ama.

ESCLAVITUD Y LIBERTAD

El pecado y el error siempre esclavizan á sus víctimas. El pecador es el esclavo de su pecado. No es dueño de sí, sino que es dominado por sus costumbres tiránicas, sus pasiones, sus deseos y su miedo. Satanás engaña á los hombres haciéndoles creer que el camino del pecado es camino de libertad.

Libertad verdadera solamente puede venir por la verdad, la verdad vista, amada y obedecida.

GOZO EN EL SEÑOR



EL siguiente artículo es extracto de un sermón predicado por el Sr. Müller de Bristol, quien acaba de cumplir sus noventa y dos años. Lo insertamos por el valor que tiene como testimonio de un siervo de Cristo tan anciano.

«Gozo espiritual es una cosa que no tenemos como nacida en nosotros, ni la podemos alcanzar por deseo ó esfuerzo natural; porque por naturaleza estamos lejos de Dios, y no tenemos amor en nuestros

corazones para con El. Tenemos una conciencia mala, estamos empeñados en seguir nuestros propios caminos, y procuramos agradarnos á nosotros mismos en lugar de agradar á Dios y glorificarle; entre tanto que éste sea el estado nuestro es imposible tener gozo espiritual.

»Antes de que tengamos este gozo en el Señor, y amor para con Dios, es preciso que nos convenzamos de que somos pecadores, que estamos lejos de Dios y que necesitamos un Salvador; luego es preciso que busquemos la salvación en el camino que Dios ha señalado, que es por Jesu-Cristo que murió por nosotros. Cuando el pecador empieza á entender que el castigo que él merecía lo sufrió Jesu-Cristo, y por fin llega á confiar en El para su salvación, entonces empieza su gozo en Dios.

»Este gozo ha de ser constante, conforme con la exhortación que tenemos en las sagradas Escrituras: «Estad siempre gozosos» (1 Tes. 5. 16). No sólo cuando todo nos va bien hemos de estar gozosos, sino también cuando tenemos contratiempos en nuestros negocios ó en nuestras familias; porque no se dice que nos gocemos en estas cosas, sino en el Señor. Así es posible en medio de aflicciones y pobreza ser felices y gozosos en Dios. ¿Cómo llega á realizarse esto?

»La primera condición es que el corazón sea entregado á Dios; quiero decir con esto que no es solamente que hemos de dejar este vicio ó el otro que teníamos antes de conocer al Señor, sino que hemos de dejar todo cuanto sea contrario á la voluntad de Dios como cosa aborrecible, y que amemos todo cuanto sea de su voluntad. Así tendremos en nuestra vida, no cinco ó diez ó veinte objetos, sino uno solo, y éste el de vivir para Dios.

»Fuí convertido á Dios el 1.º de noviembre de 1825. Por un tiempo anduve en algún grado en el temor de Dios; pero mi corazón, todo mi corazón, no fué entregado á Dios hasta julio de 1829. No puedo decir la felicidad que esta entrega me proporcionó. El amor que tenía al dinero se desvaneció. La ambición de posición y poder en el mundo, el amor á los placeres

mundanos, el amor al lujo en el vestido, todas estas cosas perdieron su poder en mí. Desde entonces, aunque no he sido un hombre perfecto, porque debilidades y defectos aun quedan en mí, sin embargo toda mi vida ha sido diferente desde julio de 1829. La felicidad que he tenido no la puedo describir por lo grande que ha sido. La oración ferviente y diaria, con conocimiento de nuestra debilidad, es cosa necesaria para conservarnos en este estado de corazón de completa sumisión á Dios.

»No pensemos que sea posible prosperar en la vida espiritual si tenemos en poco la Palabra de Dios; una suposición tal sería una grande equivocación. Suplico encarecidamente á todos los creyentes en el Señor Jesús que lean regularmente la Palabra de Dios con oración y meditación.

»Toda insistencia sobre este particular me parece poca, porque sé por mi propia experiencia que esto ha sido el medio principal por el cual la paz y el gozo que tengo en el Espíritu Santo, me han sido dados y continuados en tanta abundancia por estos 68 años, desde que me entregué del todo á Dios.

»Durante los primeros tres años y medio de mi vida cristiana leí un poco aquí y otro poco allí de la Biblia, sin orden alguno; pero cuando entregué mi corazón á Dios, empecé á leer en el Génesis y leí hasta Malachías; luego empecé en San Mateo y leí hasta el fin del Apocalipsis, y esta costumbre la he seguido por 68 años sin cansarme de leer las sagradas Escrituras, y cada vez que vuelvo á empezarlas, me es como un libro nuevo.

»Y no es que solamente leo la Palabra de Dios con oración y meditación, sino que procuro practicar todo cuanto hallo allí escrito, y de ningún modo me permito entrar en razones sobre ella, para practicar solamente lo que me parece conveniente. Para mí no hay más que esto: Está escrito en la Biblia. Dios ha hecho una revelación de sí mismo en su Palabra por medio de hombres inspirados, y lo que me toca á mí es obedecerla con toda la sencillez de un niño. El resultado de este modo de obrar en mí es paz y gozo en el Espíritu

Santo, siempre en aumento; menos apego al mundo, más inclinación á las cosas del cielo y una gloria siempre creciente.»

LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

(S. Mateo 25, 13-30).



EN la medida que la predicación de nuestro Salvador Jesús fué rechazada de las gentes, iba tomando más la forma parabólica. El efecto de esto fué el de impresionar más á los que habían recibido la verdad y darles á entender más de su alcance, mientras que á los otros les

dejaba en mayor oscuridad. Esto lo vemos en S. Mateo 13, 10-12, cuando los discípulos preguntan á su Maestro: «¿Por qué les hablas por parábolas?» La contestación es: «Porque á vosotros es concedido saber los misterios del reino de los cielos, mas á ellos no es concedido. Porque á cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más: pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.» Esto debe servirnos de saludable aviso á fin que no tengamos en poco la luz de la verdad que Dios nos haya dado.

En la parábola de los talentos vemos que el Salvador anuncia su segunda venida y exhorta á velar, porque no sabemos el día ni la hora en que El ha de venir. Entonces para arraigar esta verdad en los corazones de los suyos, propone la parábola. El va lejos de aquí, pero antes de partir, entrega á los suyos sus bienes, las verdades de Dios, á cada uno según su facultad. Enseña que habría un largo intervalo de tiempo entre su partida de aquí y su vuelta, y en este intervalo es cuando los siervos emplean los talentos que les han sido entregados. Leemos que dos de

ellos resultaron buenos y fieles en su cometido, mientras que un tercero fué malo y negligente: malo porque acusa á su Señor con el mayor descaro de lo que no es verdad; y negligente porque su talento, cavando en tierra, lo había escondido. Cada cual recibe conforme con su modo de emplear los talentos recibidos.

Hemos de notar que esta parábola no es dada para enseñarnos como podemos salvarnos; esto lo tenemos en otras parábolas, como por ejemplo en la de la oveja perdida y la del hijo perdido en S. Lucas 15. Aquí se nos enseña la responsabilidad que tenemos en cuanto á la luz y verdad que hemos recibido del Señor Jesús. Ahora conviene que cada uno se examine para saber qué uso ha hecho de ellas. Si de corazón las hemos recibido, entonces es cierto que hemos sido guiados al Señor Jesús como pecadores arruinados, y El nos ha salvado; y luego como salvos la mayor luz que recibimos no es solamente para que nos gocemos de ella, sino que la demos á conocer á otros. Cumpliendo así, el Señor dará el galardón en el día cuando volverá, y éste no será según el triunfo que hayamos podido alcanzar, sino según la fidelidad que hemos observado en nuestro cometido.

En cuanto á los que no han acudido al Señor para ser salvos de sus pecados, y por consiguiente nunca han experimentado en sus corazones nada del amor de Dios que constriñe, cierto es, por más conocimiento que tengan de las cosas de Dios, que no harán otro uso de él sino emplearlo como medio de ganancia mundana; en otras palabras, servirse de las cosas de Dios para enriquecerse en la tierra. Estos son representados por el siervo que cavó en la tierra y escondió el dinero de su Señor. Su fin será el de éste.

PREGUNTAS

Advertimos á los amigos que nos envían preguntas para esta Sección, que sean sobre asuntos de interés general, y de la índole de nuestra publicación. También les suplicamos que se sirvan darnos sus nombres y domicilio, no para publicarlos, sino como garantía de buena fe, y por si conviniera una comunicación particular.

49.^a ¿Está tan segura la salvación del creyente que ya no puede perderla cuando caiga en pecados, ni aunque estos fuesen de muerte?

Este asunto en las Escrituras tiene dos lados; á veces se nos presenta el un lado, á veces el otro, sin que haya contradicción; pero el hecho de tener dos aspectos ha dado lugar á muchas controversias, y mucho de lo que se ha dicho de ambas partes es verdad, según el lado que se mira.

Por una parte, pues, hallamos que Dios da al verdadero creyente en Jesu-Cristo, vida eterna; y la misma palabra *eterna* debía poner fin á toda controversia, porque si hoy lo es y mañana no lo es, ó si dependiera la vida que Dios da de algo tan frágil como es la criatura, aunque fuese Adam en su inocencia, la palabra *eterna* no vendría. Además de esto el Salvador, hablando de las ovejas de su redil, dice: «Yo les doy vida eterna, y no perecerán para siempre; ni nadie las arrebatará de mi mano» (S. Juan 10. 28). Conforme con esto hallamos en la Epístola á los Romanos (cap. 8. 30): «A los que predestinó, á estos también llamó; y á los que llamó, á estos también justificó; y á los que justificó, á estos también glorificó.» Palabras más claras y terminantes no puede haber. Mas esta vida eterna no nos es comunicada de un modo absoluto, sino en unión con Cristo, de modo que es una vida derivada de El y sostenida por El, como miembros suyos que somos: vivimos porque El vive.

Por otra parte, que es la que se refiere á caer en pecados, el apóstol Juan dice: «Hijitos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, á Jesu-Cristo el Justo; y él es la propiciación por nuestros pecados: y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 S. Juan 2. 1, 2). Y en el capítulo anterior hallamos estas palabras: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de toda maldad.»

No hemos de olvidar aquí que puede haber entre los cristianos los que no lo son de veras. Judas fué contado entre los apóstoles, pero nunca había sido regene-

rado por el Espíritu de Dios. El móvil de su profesión era el amor al dinero, y mucho antes de vender á su Maestro, ya era señalado como diablo (S. Juan 6. 70). Al fin, él mismo tomó su puesto con los enemigos del Señor, luego se ahorcó y se fué á su lugar (Hechos 1. 25). El apóstol Juan habla de tales cuando dice: «Salieron de nosotros, mas no eran de nosotros; porque si fueran de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros; pero esto es para que se manifestase que todos no son de nosotros» (1 S. Juan 2. 19).

Todo pecado merece la muerte, porque «la paga del pecado es muerte;» pero es evidente, cuando el apóstol Juan habla de pecado que es de muerte, que señala aquel pecado que el apóstata comete cuando niega al Padre y al Hijo. Ninguno que es nacido de Dios lo comete.

50.^a ¿No apartó Dios su Santo Espíritu del rey David durante su adulterio (2 Sam. 11. 2-18)? ni de Pedro cuando negó á Jesús (S. Lucas 22. 55-60)?

Al caer David en el pecado de adulterio, perdió el gozo de la salvación, y no volvió á tenerlo hasta que hubo hecho confesión de su pecado á Dios. El mismo dice: «Mientras callé, envejeciéronse mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano, volvióse mi verdor en sequedades de estío» (Salmo 32. 3, 4). En el Salmo 51, confesando su pecado, añade: «No me echés de delante de tí, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salud; y haz que el espíritu libre me sustente.» Así vemos que el gozo de la salud de Dios, no lo tenía, y por lo mismo pide que se lo vuelva; pero en cuanto al Espíritu Santo, sabe que aún está con él, y pide que no le sea quitado. Cuando el cristiano cae en pecado, contrista al Espíritu Santo, y éste desde luego deja de comunicar consuelo y testimonio como es su deseo.

El pecado de Pedro fué grave, visto la luz que tenía y el aviso dado por el Señor; pero conviene que miremos lo que hizo. Negó tener conocimiento de Jesús. Y esta negación es bien distinta de la que niega

que Jesu-Cristo haya venido en carne. La de Pedro era fruto de miedo á pesar del amor que tenía á su Salvador; la otra negación es la de un enemigo declarado que no cesa de hacer guerra al que vino para salvarnos.

En David y en Pedro tenemos casos de personas regeneradas por el Espíritu de Dios, y por consiguiente el pecado no es el elemento en que pueden estar bien; gimen y lloran hasta volver á tener la paz de Dios en sus almas. Eran ovejas descarriadas, el buen pastor las buscó y las halló. Los que no son regenerados por Dios, cuya profesión de fe es falsa, son comparados á la puerca lavada que vuelve con tanto gusto á revolcarse en el cieno. La oveja no lo hace porque es oveja.

SANTOS Y MÁRTIRES

Y vi la mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús: y cuando la vi, quedé maravillado de grande admiración. Apoc. 17. 6.

ANTONIO DE HERREZUELO.

En el mismo auto celebrado en Valladolid en el año 1559 de que venimos hablando, salió el sabio jurisconsulto D. Antonio de Herrezuelo, el sufrido Herrezuelo. En todas las declaraciones manifestóse abiertamente no sólo evangélico, sino que había propagado cuanto pudo la verdad que había hallado en las sagradas Escrituras en la ciudad de Toro, en donde hasta aquella época había vivido.

Los jueces mandáronle declarar los nombres de las personas á quienes había hablado de estas cosas; pero ni ruegos ni promesas ni amenazas pudieron torcer el propósito de Herrezuelo de no descubrir á nadie. Le llevaron al lúgubre aposento del tormento, que solía ser una gruta subterránea á donde se bajaba por muchas vueltas y corredores, y allí le aplicaron las más atroces torturas sin que bastasen á quebrantar su constancia ni hacerle divulgar el nombre de nadie á quién había

hablado las verdades del Evangelio.

Era Herrezuelo casado con D.^a Leonor de Cisneros, quien creía como él en el Señor Jesús para la salvación de su alma, y compartía con su esposo las bendiciones del Evangelio como también sus tribulaciones. Los dos cayeron juntos en poder de la Inquisición; pero hemos de reservar la historia de ella para otra ocasión.

Copiamos de la Historia de las Persecuciones: Caminó Herrezuelo resueltamente hacia la hoguera entre los demás herejes, sin volverse á mirar aquella esposa con quien había vivido dichoso durante más de seis años.... Iba cantando los salmos y repitiendo en alta voz algunos pasajes de la Biblia. Irritados los inquisidores, cerraron sus labios con una mordaza; pero ni aun esto bastó á quebrantar la indomable firmeza de Herrezuelo. El doctor Gonzalo de Illescas, testigo de este auto de fe, nos refiere los últimos momentos de Herrezuelo en los términos siguientes:

«Sólo el bachiller Herrezuelo estuvo pertinacísimo y se dejó quemar vivo con la mayor dureza que jamás se vió. Yo me hallé tan cerca de él que pude ver y notar todos sus meneos . . . Noté mucho en él que aunque no se quejó ni hizo extremo ninguno que mostrase dolor, con todo eso murió con la más extraña tristeza en la cara de cuantas yo he visto jamás, tanto que ponía espanto mirarle el rostro.»

Así da testimonio del martirio de Herrezuelo el doctor Gonzalo de Illescas en su historia pontifical y católica. Ni Judío testigo del martirio de Esteban podía haber-nos dado mayores pruebas de la fe y constancia del mártir. De haber sido Herrezuelo un hombre incrédulo y blasfemo no habría llegado á aquel paso. Precisamente porque creía en Dios á quien amaba más que á su propia vida, y que en conciencia no podía aceptar enseñanzas no inculcadas en las sagradas Escrituras, fué porque se vió allí. Había puesto su mano al arado y no miró atrás. Corona de vida será la suya de parte del justo Juez en aquel gran día que ha de venir.



El Papa y los ingleses.—El periódico *The Times* refiere que algunos ingleses fueron presentados al Papa, cuando éste les dijo que amaba al pueblo inglés; y los calificó de rectos, leales, amantes de la verdad y formales.

Nosotros sabemos que los protestantes necesitan el cambio de corazón tanto como los católicos y los judíos, y sin este cambio no verán el reino de Dios. Por otra parte, damos por supuesto que el Papa, al poner al pueblo inglés á tales alturas, no se habrá equivocado, ni les ha querido engañar; pero se nos viene á las mientes decir que si un pueblo, después de empaparse por tres siglos en el protestantismo, llega á ser recto, leal, amante de la verdad y formal, el tal protestantismo no puede ser cosa tan ruin como algunos lá pintan. Que lo diga el Papa.

Riquezas y tristeza.—El Sr. Pullman, millonario de Chicago que murió hace poco, ha dejado al mundo su fama como inventor de los coches de dormir de ferro-carril que llevan su nombre. Además fundó la ciudad-modelo de Pullman, cerca de Chicago, que cuenta ya una población de 11000 habitantes, de quienes 5000 son empleados en la fábrica de Pullman. El testamento de este millonario, que acaba de publicarse, revela la tristeza que carcomía su satisfacción. La mayor parte de su dinero ha legado á instituciones de beneficencia, y á sus dos hijos ha dejado una renta de solamente 3000 duros al año, con el fin de que no vengan á padecer necesidad, expresando su pena que no habían manifestado disposición á ocuparse en ningún trabajo honrado. ¡A cuántas reflexiones no se presta este caso!

Definiciones del dinero.—El periódico inglés *Tit Bits*, que se publica en Londres, ofreció un premio á quien mejor definiese la palabra «di-

nero;» y entre seis mil competidores se presentaron las definiciones siguientes:

—El premio que dulcifica el trabajo.

—Un ídolo que se venera por todo el mundo, sin que tenga un solo templo dedicado á su culto, y lo adoran todas las clases sociales.

—El azúcar que dulcifica la vida.

—La única comodidad que esta siempre de moda.

—El dios del avaro, el puente del río, la joya de la clase media y la envidia del pobre.

—El vapor de la inmensa máquina de la vida.

—La aspiración de todos, la ganancia de pocos y la ruina de muchos.

—El fruto de oro de una planta llamada trabajo. Lo siembran todas las clases, pero la baja y media lo crían y atienden más, mientras que la clase elevada generalmente es la que recoge el fruto.

—Es la sangre que afluye por las venas del comercio.

La definición premiada fué ésta:

—Dinero es un artículo que puede usarse como pasaporte universal para ir á todas partes menos al cielo, y como proveedor general de todas las cosas, excepción hecha de la felicidad.

De El Abogado Cristiano.

«El amor del dinero es la raíz de todos los males.» (1 Timoteo 6. 10).

EL EVANGELISTA

Revista Evangélica, ilustrada, mensual.

Precios de suscripción

(Pago anticipado)

ESPAÑA Y PORTUGAL

Por un año, 1 ejemplar. 0'75 pts.

Por un año, 25 id. 15'00 »

Por cada seis suscripciones á una misma dirección, se remitirá una gratis.

EXTRANJERO

Por un año, 1 ejemplar. 1'50 pts

Por un año, 2 id. 2'25 »

Redacción y Administración, S. Sebastián, 55. S. Gervasio.—Barcelona.